

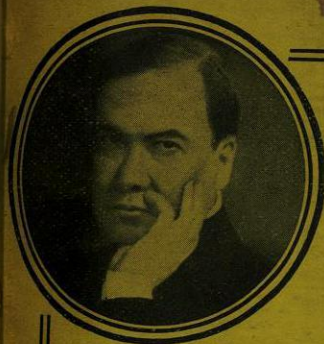
519

PQ751  
D3  
Z57

Q7519

3

57



BIBLIOTECA  
LATINO-AMERICANA

DIRIGIDA POR  
HUGO D. BARBAGELATA

RUBÉN DARÍO

# EPISTOLARIO

Con un estudio preliminar de  
VENTURA GARCÍA CALDERÓN



*Venta exclusiva :*

AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA

PARIS, 7, rue de Lille -- --  
BUENOS-AIRES, Rivadavia 1571

P. 16 - la presa de San...

P. 56 - Rancho Villa

P. 57 - La Paz!

P. 72 - Icaza

P. 72 - quemación en Matape

P. 849 - id id.

BIBLIOTECA CENTRAL  
U.A.N.L.

# EPISTOLARIO

Con un Estudio Preliminar de  
VENTURA GARCÍA CALDERÓN

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

: 11916

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

pφ 7519

D3

857



1020101619

BIBLIOTECA CENTRAL

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

---

Mientras llega la hora de dar a luz el epistolario completo de Rubén Darío, publicamos a continuación algunas cartas *inéditas* de primordial interés que nos han sido confiadas por sus destinatarios. Las primeras encierran la delicada y melancólica protesta del poeta contra ciertas afirmaciones arbitrarias del maestro de Salamanca que le rindió después justiciero homenaje; las cartas a Julio Piquet, Buen Samaritano de nuestro gran Rubén, tienen el acento religioso de una acción de gracias, porque fueron escritas en Mallorca, en horas de ensalmo y bienandanza, las únicas de que gozara el poeta en sus últimos años atribulados.

Publicamos asimismo — no sin reservas mentales — una carta que nos entregó Gómez Carrillo, copiada por él mismo, pues el original, según nos dijo, se le había extraviado. ¡El exquisito cronista, tan hábil como Ulises en el arte de decorar la verdad, sabe suplirla a veces con la más asiática fantasía!

VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

P. D. Hemos agregado algunas cartas de Darío que nos remite el Sr. Ghiraldo.

## RUBÉN DARÍO<sup>1</sup>

Con él perdemos al más puro y musical de los poetas de lengua española. Cuentan que el gran don Ramón del Valle-Inclán, dijo un día públicamente: — « Toda nuestra poesía puede reducirse a dos nombres: Jorge Manrique y Rubén Darío... » Manrique, poeta del siglo xv; Darío, escritor de América. Era casi justa la humorada, pues fué el poeta americano quien supo hallar en nuestra lengua, tan hermosa pero a veces demasiado sonora, esos « vocablos especiosos » de Verlaine, — de Verlaine a quien se asemejaba tanto por el semblante y la melancolía.

Como el poeta francés, él había venido a « torcer el cuello a la elocuencia » y hacer « ante todo música ». Cuando Rubén Darío

---

1. Traducción inédita del artículo publicado en el *Mercure de France* de 1. de abril de 1916. Estas páginas fueron escritas — no hay que olvidarlo — para un público extranjero; y son el esbozo de un estudio muy diferente y más extenso, el prefacio a las *Pages Chosies* de Rubén Darío (París, 1918) que publicaré próximamente, vertido al castellano, en mis *Semblanzas de América*. (V. G. C.)



comenzó a escribir, privaba en nuestra América un romanticismo llorón y vocinglero. Esas vastas soledades, esos paisajes desmesurados para Virginias o Claras d'Ellébeuse, esas continuas revoluciones que expresaban energía viril pero también indisciplina; en suma, toda esa vida singular de nuestras democracias inspiraba una poesía, tan presto exultante como desalentada, sin medida. Los poetas eran Renés sediciosos que mostraban en materia política todas las formas de la audacia, pero seguían siendo en literatura conservadores del lugar común romántico. Y en este coro incoherente de lamartinianos y de hugólatras iba a resonar, *d'une étrange et grêle façon*, la más sediciosa de las músicas. Algunos imitadores de Becquer habían ensayado en nuestra América una poesía titubeante, confidencial y sin fausto. Pero era más cautivante el nuevo acento y modulaba las sílabas que provocan el llanto. En su inaudita música se inspiran y ejercitan desde hace veinte años, los poetas de América. Rubén Darío ha sido, como él lo decía de Verlaine, « el padre y maestro mágico ». España misma lo escuchaba. La generación de 1898 despidió a sus maestros para adoptar la enseñanza de este prestigioso sinfonista. Los escritores de Madrid, que piensan ya en erigir la estatua de nuestro Rubén en los Jardines del Retiro, dirán como nosotros, que el más grande poeta español ha muerto.

## I. — SU VIDA

¡Extraña vida, la suya! Ha contado sus peregrinaciones en una autobiografía demasiado breve a nuestro gusto. Nació bajo la lógica de una influencia maligna, según el dictado de Verlaine. Para el « demonio del alcohol », como para el Maligno de las concupiscencias, fué nuestro cantor la presa dócil. — « ¡Hay en mi sangre alguna gota de sangre de África o de indio chorotega o nagrandano? » — se preguntaba un día. — « Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués. » Nadie al verlo dudaba de su origen mestizo, y tal vez a esta alcurnia turbia debió las complicaciones de su alma « rara ». Su potente fealdad era en verdad la del sátiro, y como el agreste habitante de la selva sagrada, parecía hombre y bestia. Los más puros sollozos modulaba el poeta con labios sensuales de bacante. Su cabello era crespo; la nariz, roma y la boca bestial; pero flotaba una extraña dulzura africana en esos ojos que él entrecerraba al subrayar alguna sílaba cantante, como para saborear mejor la música.

Nació en Chocoyos (Nicaragua), y vivió una infancia novelesca en un ambiente romántico. No conoció sino muy tarde a su padre; sólo una vez vió a su madre, una dama de tocas negras que lo abrazó llorando. Vivía con su abuela en un villorrio, escuchando relatos que infunden miedo a los niños, y las guitarras sonoras bajo la

luna. Sus primeros amores se parecen a los de *Pablo* y *Virginia*. « ¡Cuán divino y criollo Cantar de los Cantares! Allí comprendí por primera vez en su profundidad : *mel et lac sub lingua tua*. Hay que saber lo que son aquellas tardes de las amorosas tierras cálidas. Están llenas como de una dulce angustia. Se diría a veces que no hay aire. Las flores y los árboles se estilizan en la inmovilidad. La pereza y la sensualidad se unen en la vaguedad de los deseos. Suena el lejano arrullo de una paloma; una mariposa azul va por el jardín. Los viejos duermen en la hamaca. Entonces, en la hora tibia, dos manos se juntan, dos cabezas se van acercando, se hablan con voz queda; no se quiere pensar, no se quiere saber si se existe y una voluptuosidad miliunanochesca perfuma de esencias tropicales el triunfo de la atracción y del instinto. »

Primer amor de un adolescente que a los catorce años quiso escaparse con una artista de circo y que sentía ya en sus venas esa nostalgia nómada de los hispanoamericanos, ese deseo de visitar lejanas tierras y asomarse a todas las almas. Se marcha a Guatemala, a Costa Rica. Como es caprichoso el destino de los líricos, se embarca para Chile, país de historiadores y pensadores, donde no podía aclimatarse un gran poeta. En ciertas páginas de *Azul* estalla líricamente la melancolía del Próspero expatriado. No tardó en trasladarse a Buenos Aires, el clima más favorable para

su genio. Pero no puede establecerse, no sabe establecerse, este judío errante, y va por primera vez a Madrid, luego a París. Su gran aspiración de infancia fué visitar « esta capital del Amor, este reino del En-sueño »; era su anhelo de poeta adolescente conocer a Verlaine. Darío ha contado su entrevista con el pobre Lelian en el antiguo café de Harcourt. Sawa, el singularísimo escritor español, los presentó : « Un poeta americano, un admirador »...

El poeta americano emprendió con ahinco un pequeño discurso « en mal francés », que terminaba hablando de la gloria. Sin duda el maestro había experimentado aquella tarde, una vez más, la inanidad de este vocablo, pues volviéndose a Rubén Darío, y golpeando con la mano el mármol de la mesa, murmuró en voz baja esta confidencia : « *La Gloire!... La Gloire!... M..., m... encore!* »

De regreso a la Argentina, el poeta comienza a publicar en *La Nación* — para ser toda su vida colaborador del gran diario bonaerense — algunos de sus *Raros* burlados en que cuenta su admiración por las cosas europeas. *Prosas profanas* alcanzan un triunfo escandaloso : « entusiasmo sonoro » entre la juventud ; « envidia subterránea » de muchos. « Es un hallazgo », le escribía a la sazón, para felicitarle por el título, Remy de Gourmont, juez óptimo.

No cesa desde entonces su romería universal. Reside alternativamente en París, Madrid y Buenos Aires. Como abusa del

alcohol, su vida es una serie de breves delirios y de fatigas prolongadas; como vive sumergido en sopor continuo, más de una vez le sucede hallarse abandonado en un rincón del mundo. Hace algunos años, sin que nadie pudiera comprender por qué había naufragado allí, envió a sus amigos, del fondo de una lejana provincia francesa, un telegrama que comenzaba por la señal de los navíos en peligro: « S. O. S. » (Salvation of Souls). Y una vez más, como en Francia, hubo el año pasado un poeta en el hospital. Del hospital de Nueva York lo llevó a Guatemala, para cuidarlo y consolarlo, la munificencia del Presidente Estrada Cabrera. Pero el regreso definitivo al seno de la patria lo obsesionaba ya. « Me alejo de Guatemala en busca del cementerio de mi pueblo natal », escribía hace unos cuantos meses a Gómez Carrillo. No se equivocaba, nuestro pobre Lelian.

Muere a los cuarenta y ocho años, envejecido prematuramente más que por haber amado a las *musas de carne y hueso*, por haber perseguido a los fantasmas engañosos de su ilusión. Reposa ya en su aldea, el peregrino apasionado que pretendiera oprimir contra su corazón toda la hermosura del mundo.

## II. — SU OBRA

Este reformador de la poesía española se inició cuerdamente. Conservo todavía —

es un regalo suyo — números de *El Ensayo*, pequeña revista publicada en León, Nicaragua, el año de 1880, por un reducido grupo de jóvenes, donde el futuro revolucionario hacía suyas las reglas de la poesía castellana al uso. Con todo, preludiaba ya las quejas que había de repetir más tarde. « El mundo se burla del poeta y lo llama loco », — dice en versos ingenuos de adolescente que tantea y se orienta. Quizás en ellos puede entreverse ya la inquietud y el obscuro terror de una vida predestinada. « Torres de Dios, poetas, pararrayos celestes », exclamaba más tarde aceptando y glorificando la misión emersoniana del soñador.

Vienen a continuación *Epístolas* y *poemas* y *Abrojos*; dos obras de silvano novicio que no ha llegado aún a dominar su cornamusa. Libros de juventud casi desconocidos, que es punto menos que imposible encontrar y constituyen la prehistoria del poeta. El primero, tradicional por la métrica y por la inspiración, no ofrece sino un interés documental. Por lo que hace a *Abrojos*, es una novedad, pero deplorable. El español Campoamor, mezclando risa y llanto, popularizó por entonces, a la usanza del autor de *Atta Troll*, pero sin su divina melodía, un lirismo ácido y brusco con prosaicas vivacidades de *clown*. A eso se llamó humorada, y era en verdad un humor ruidoso, un irónico desdén a las cosas terrestres. Rubén Darío escribió también humoradas. ¡Profundo error de un co-

razón remachado a la vida! Él sólo había nacido para quejarse.

*Azul* es, para el público en general, la primera obra de Rubén Darío. La prosa se mezcla en ella a los versos, como en el libro donde el Dante canta su amor inefable. Podría encontrarse asimismo en las primeras páginas el *Incipit vita nova*, pues una nueva vida comienza para el arte americano. Los versos de *Azul* conservan todavía en algunos pasajes el acento clásico, mas la prosa está poblada de inauditos rumores. ¿Dónde encontrar, en efecto, semejante armonía en castellano? Es una prosa de matices, de cadencias indefinidas; una estrofa quebrada cuyos vestigios de oro se incrustan en la frase lírica. La prosa castellana empleada hasta entonces por los más grandes maestros a manera de arabesco, lenta y letárgica, con frases incidentes que la agobian como las flores en un altar barroco, se aligera, se regenera. « Mosaico, que no música », decía un día Oscar Wilde, criticando un estilo acompasado de difícil lectura en alta voz. De tal defecto adoleció la literatura española durante el siglo ~~xx~~ <sup>xix</sup>, con algunas excepciones notorias como las de Larra y de Becquer. Cuando la prosa no era mosaico fatigoso, ensordecía su tono oratorio. Fatigado por el estruendo de los tambores mayores, el público literario escuchó en fin con delicia al más armonioso de los zingaros.

« Para llegar a escribir una prosa perfecta, — decía Heine, — precisa poseer,

entre otras cualidades, gran virtuosidad en las formas métricas : sin esto le falta al prosista cierto tacto, se le escapa la asociación de las palabras, de las expresiones, de las cesuras y de los giros que no están en su lugar más que en la poesía, resultando de todo ello una secreta disonancia, que no hiere sino a pocos oídos, es decir, a los más delicados. »

Cabe hacer constar que los finos oídos no escaseaban en América, pues el libro escandalizó, pero sedujo. La vaguedad misma de su título satisfizo al alma confusa de la juventud americana. « El arte es el azul », había dicho Víctor Hugo, a quien nuestro poeta admiró siempre. Tal era el epígrafe a la vez que la clave del libro. Las narraciones en él contenidas precisan el sentido del título. Basta, para advertirlo, leer la historia del pájaro azul que voló un día de la cabeza del poeta, — la aventura del soñador que se gana la vida dando vueltas al manubrio de un organillo para divertir a un rey filisteo. Toda la estética de Rubén Darío está allí : su horror a las multitudes (« el pueblo es torpe, sucio, feo, malo », había dicho en sus *Epsístolas* y *poemas*; su desprecio por la vida burguesa. Para él, como para los románticos, el poeta es un desterrado. Es allí donde encontramos en forma de lírica alusión sus primeros contactos y sus primeros sinsabores. A punto está de proclamar — tal era la moda por entonces en Europa — la necesidad de la torre de marfil. « Reino interior », decía Rubén

Darío recordando las agrestes mansiones en donde iba a refugiarse el misticismo de la poetisa de Dios, Santa Teresa. Cuajaba en fin el parnasiano de las *Prosas profanas*.

¿El « parnasiano »? Los epítetos no parecen tener más que un valor convencional en literatura comparada. « Nunca el áspero grito de la pasión devoradora o intensa se abre paso al través de los nervios de este artista », declaraba a la sazón Rodó en su admirable estudio sobre *Prosas profanas* parafraseando los exquisitos versos. « Se juzgó mármol y era carne viva », respondió mucho después Rubén Darío, aludiendo sin duda a esta alabanza que él consideraba ya como una limitación. El error data de mucho antes. También los parnasianos se quejaron de que se llamara impassibilidad a lo que fué sólo discreción orgullosa. Esta vez por lo menos, la crítica anduvo errada. « Sentimental, sensible, sensitiva », el alma de Rubén era con mucho la menos impassible de las almas. Por un curioso fenómeno de historia literaria, le ha sido dable a Rubén Darío resumir y hacer contemporáneos en América dos estados de alma sucesivos de la poesía francesa: el Parnaso y el Simbolismo. Lo que no extraña si se recuerdan los primeros años de Verlaine y esos *Poèmes Saturniens* en que el poeta se proponía « cincelar las palabras como copas », mas innovaba ya por su morosa música.

El arte parnasiano de Rubén Darío queda justificado en América por la necesidad que

existe de renovar, más todavía que la forma del verso, el vocabulario lírico; de enriquecer esta lengua empobrecida, mediante las truculencias de una bárbara joyería; y al propio tiempo y sobre todo, a causa de la necesidad de moderación y de reserva sentimental en una poesía llena de confesiones, de gritos exaltados, de apóstrofes a los tiranos, en una literatura de plaza pública, que surgió directamente del romanticismo. A este frenesí individualista convenía oponer « una serenidad de mar y de cielo »; al lirismo llorón o grandilocuente, el canto sobrio y sin pompa. Ninguna actitud podía convenir mejor a este poeta aristocrático. Como su maestro Gautier<sup>1</sup> « se aislaba de las cosas », se defendió contra el plebeyo ambiente forjándose una visión decorativa del universo. También él era un poeta para quien existía el mundo exterior, pero un mundo exterior organizado por algún Luis de Baviera. Hubiera dicho entonces, como Flaubert, que

1. En un trabajo extenso y menos apresurado, resultaría interesante hacer resaltar la influencia que este maestro ejerció sobre Rubén Darío; valiéndonos para ello de documentos como la « Sinfonía en blanco mayor » y del comienzo brillante de un artículo sobre el Papa León XIII, de una encantadora imagen de viaje por Italia (el alma del poeta como un palomar lleno de palomas, que es de Gautier, etc.). Por otra parte, es verdad que tales investigaciones son a menudo un tanto vanas y no siempre indican las influencias: yo he encontrado en Flaubert una de las mejores metáforas de Meleagro.

sólo buscaba en el universo las frases bien torneadas, los claros de luna, los hermosos lienzos y los mármoles. Su decoración favorita fué Grecia; pero sobre todo, como él confesaba, la Grecia de Francia; los paisajes de Versalles con sus altas terrazas y sus cisnes que evocan por sus cuellos sinuosos un punto de interrogación, inquietante por su perpetua y lánguida pregunta, para el poeta encarado con el destino. Si el arte del escritor consiste, como se ha dicho, en crear un nuevo lugar común, Darío lo logró plenamente por su exotismo de marquesas de peluca empolvada y de carneros atados con listones. Durante largo tiempo los poetas jóvenes evocaron estas imágenes de otoño, seductoras y frágiles en el fondo del parque, — de un parque francés que nunca vieron.

No es éste ningún reproche velado, pues Rubén Darío está por encima de toda crítica, ni vamos otra vez a preguntarnos si era *el poeta de América*. La pregunta era injusta; pero sobre todo mal formulada. Es cierto que él no fué, como otros muchos — ni lo hubiera tolerado su finísimo genio, — un poeta de zona tórrida. Pero no podemos tenerle a mal que haya preferido a nuestras selvas vírgenes los bosques más civilizados por donde es íntima y discreta la pasión de la musa y la flauta « que fluye » se queja apenas. Sin duda hay que creer que requería tal exotismo nuestra América, pues el rápido triunfo del poeta nos hace suponer — si no admitimos

la generación espontánea en literatura — una atmósfera ya favorable y bien dispuesta a admitir novedades. Un siglo agitado por luchas, por aspiraciones generosas, había galvanizado los nervios de esta raza indigeno-latina, más apta que la española para abrazar un arte nuevo. Excelente aventura fué que un poeta viniera a transmitirnos el « nuevo calofrío » y hacer que nos diéramos cuenta de nuestra sensibilidad paulatina y como furtivamente refinada.

¿Qué nos enseñó este mago en la aurora de nuestra juventud? En primer lugar, se negaba a escribir manifiestos, a formular reglas para las almas nuevas. Era su estética, como él decía, *acrática*. Sólo que este parnasiano nos aconsejaba la más revolucionaria de las libertades; este solitario que desdeñaba las confidencias, que practicaba un arte noble y cincelado, dejó, sin embargo, en nuestras almas un extraño sedimento de sensualidad triste y, en vez de la sombría aceptación de los parnasianos, la inquietud insaciada de los románticos. « Veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles. ¡Qué queréis, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer! »

No hay espíritu de veinte años que no haya soñado con aquella pálida princesa de la *Sonatina*, con la marquesa Eulalia de *Era un aire suave*. Nunca la poesía y la vida ambiente se disociaron más; nunca el poeta mereció mejor los rayos de Platón y los reparos del burgués: en plenas repúbli-

cas semicriollas, vivía soñando con imperios absolutos y con mujeres rubias. Las *Prosas profanas* eran nuestra « Invitación al viaje », más tentadora que la de Baudelaire. Soñábamos todos en la dulzura de ir a vivir allá lejos, en el país de leticia y de lujo, forjado a imagen nuestra.

Y he aquí que nos habíamos equivocado al desentrañar, al través de la poesía lapidaria, un alma llena de confesiones. « Champaña y rosas », había dicho el poeta hablando de su juventud. Las rosas lo han herido y el licor tiene dejo amargo. *Cantos de vida y esperanza*, publicados en 1905, denotan una completa renovación ascendente y constituyen la segunda manera de Rubén Darío. El barniz de los versos se ha quebrado dejando al fin ver, a la luz de una conmovedora verdad, sin « literatura » ni ambages de poética, un alma que se queja de su juventud abolida, de su amor infatigable a pesar de los cabellos canos, y sobre todo, con desgarradora letanía, del horror de morir.

El título del libro puede parecer singular. Este contiene acentos cordiales de confianza, como la « *Salutación al optimista* », su poesía « *Por el influjo de la primavera* » y la rotunda y soberbia « *Marcha triunfal* ». Pero el tono más frecuente y más profundamente sentido, es el de la elegía de Ovidio y del *Eclesiastés*.

El pensamiento de lo irremediable y la amargura del recuerdo lo perseguían. En la poesía que sirve de prólogo a estos *Cantos*

*de vida y esperanza* nos cuenta el poeta cómo pasó de su actitud primera, tan arrogante, a esta tristeza sin orgullo.

*La torre de marfil tentó mi anhelo,  
Quise encerrarme dentro de mí mismo  
Y tuve hambre de espacio y sed de cielo  
Desde las sombras de mi propio abismo.*

*Como la esponja que la sal satura  
En el jugo del mar, fué el dulce y tierno  
Corazón mío, henchido de amargura  
Por el mundo, la carne y el infierno.*

Jamás alcanzó a tono tan patético. Llega aquí a abandonar las tendencias sibilinas de ciertos versos, el gusto por lo barroco y los *scherzos* de vocabulario, para exhalar su queja con desgarradora simplicidad. Todos aprendimos de memoria el estribillo de su *Canción de otoño en primavera* :

*Juventud, divino tesoro,  
Ya te vas para no volver;  
Cuando quiero llorar, no lloro,  
Y a veces lloro sin querer.*

§

¿Qué influencia ejercieron estos dos libros, las *Prosas* y los *Cantos*? Para explicarla bien, sería menester contar la historia de nuestro modernismo, de sus puntos de contacto y de sus divergencias con el simbolismo francés, cosa imposible en el es-

pacio de estas páginas escritas tan de prisa. Voy a tratar de resumir con brevedad la significación de nuestro renacimiento estético hacia 1890.

En el prólogo de sus *Cantos de vida y esperanza* Rubén Darío dice, con muy justificado orgullo: « El movimiento de libertad que me tocó inaugurar en América se propagó en España y, aquí como allá, el triunfo está logrado. » Estas líneas, escritas en 1905, eran la fiel expresión de la verdad. Al cabo de quince años de luchas en pro de un arte nuevo, nuestro modernismo pudo al fin definirse y cobrar matiz propio. Sus comienzos, sin embargo, habían sido confusos. No hace muchos años todavía, las respuestas que Gómez Carrillo recogió en el transcurso de su encuesta del *Nuevo Mercurio* sobre el Arte moderno, denotaron una anarquía absoluta. Hoy mismo, carecemos de un estudio serio sobre la estética, el valor y las innovaciones del modernismo.

Se ha definido el simbolismo como una reacción individualista. De ser así, hay que confesar que nuestro modernismo, en sus comienzos, no se le parecía. Fué precisamente Rubén Darío quien combatió este individualismo quejumbroso que provocaba a los tiranos o arrullaba su pena engrandeciéndola. ¿Qué debe entonces entenderse por modernismo? Rodó, cuya autoridad es indiscutible, decía: — « Yo también soy *modernista*, pertenezco con toda el alma a la gran reacción... que partiendo del naturalismo literario y del

positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundo, a disolverse en concepciones más altas. » La definición es un tanto vaga, y algo inexacta, además, si extendemos a América, como lo pretende el crítico uruguayo, tal concepción del modernismo. Jamás hemos atravesado período alguno de naturalismo fangoso o de positivismo a ras de tierra. Cuando más, la penosa formación de las jóvenes democracias, reduciendo la vida cotidiana a inquietudes mercenarias, rebajaba al último rango de los valores americanos, el « inútil » idealismo de los poetas. Pero la literatura sólo prolongaba los ecos del romanticismo, que había sido y seguía siendo la escuela preferida de nuestros pueblos inquietos, revolucionarios en literatura y en política, porque sus revoluciones sólo son poemas vividos. El modernismo fué, por consiguiente, a la vez que una reacción contra el romanticismo, una prolongación de la misma escuela: lo modificó, lo transformó enseñando medida y reticencia; y lo continuó por su anarquía individualista que, después de emanciparse de la tiranía de los clásicos, quiso — sin convicción es cierto — libertar al verso de toda regla.

Rubén Darío personifica esta estética singular. He ahí un poeta que cantó en modo menor, en sordina, con buen gusto clásico. No nos libró de los griegos ni de los romanos. Como ellos, no exagera nunca. Predica la libertad, pero sin abusar de ella.



*Audacia no demerita de*

Su verso libre es tímido e inconstante. En sus mejores poemas de *Prosas profanas*, se somete a la rima. No llega nunca al grado de aconsejar, como lo hacía Verlaine, la asonancia. Mucho antes que él, en plena España romántica, un sutilísimo precursor, Gustavo Adolfo Becquer, en busca de ritmos que fuesen a un tiempo « colores y notas », rehusaba, con un sentido musical admirable, las consonancias demasiado ricas y demasiado sonoras. Rubén Darío no les imita en modo alguno. Sus audacias métricas consistieron, sobre todo, en volver a poner en vigor metros caídos en desuso, o en adaptar, a la manera española, libertades conocidas de tiempo atrás. Complaciase en repetir las palabras de un crítico de Madrid, quien opinaba que la métrica del « Pórtico » era la de una copla española; y en el prólogo de sus *Cantos* se empeñaba en probar que su hexámetro provenía del viejo Horacio. « En cuanto al verso libre — agregaba aludiendo a España, — ¿no es singular que en esta tierra de Quevedos y Gongoras, los únicos innovadores del instrumento lírico; los únicos libertadores del ritmo, hayan sido los poetas del *Madrid Cómico* y los libretistas del género chico? » Verdaderamente, no deja de ser singular. Pero más lo es que los mejores poemas del maestro americano no estén escritos en versos libres.

Sólo que, si no siempre fué revolucionario, o no extremó su doctrina de *melodía ideal*, introdujo, en cambio, en el verso, un

sentido admirable del matiz, de la pasión de la música — « colores y notas », como quería Becquer, — y son éstos los distintivos cardinales de nuestro modernismo.

Él modificó nuestro endecasílabo clásico, quebró el verso con cesuras sabias, trastornó los acentos tradicionales, introduciendo consonancias en el molde de cada verso, o bien lanzando fugas musicales (como « la rosa y pomposa rosa Pompadour », que es imposible traducir fielmente.) Era Rubén como esos músicos que « tocan en falso alguna vez por refinamiento ».

A todo esto hay que agregar una adaptación o rejuvenecimiento de vocablos escogidos con supremo gusto. Las palabras pierden con el uso, como las monedas, el brillo y su relieve. « Un idioma, ha dicho admirablemente Emerson, es el sepulcro de las musas, es poesía fósil », y la misión del poeta consiste precisamente en reacuar el oro envejecido. Rubén Darío ha volcado la cornucopia del Diccionario. Tenía una predilección casi perversa por los neologismos, por los vocablos oscuros que quedan vibrando en el oído, por las palabras que pasman y acarician. Es menester haberle oído recitar sus versos, y recalcar ciertas sílabas, para comprender la sensualidad de su amor verbal.

Rejuvenecimiento de la métrica; riqueza de giros en el lenguaje, sin el temor de merecer frecuentemente el reproche de galicista: tales son las novedades formales de esta poesía modernísima. Paganismo

sensual, evocaciones de Grecia mezcladas con gritos de misticismo tumultuoso, « paralelamente » como en Verlaine : tales fueron las novedades sentimentales de este lirismo que no desdeñaba lo « raro ». Habíamos conocido, por los modelos heredados de España, un clasicismo ceremonioso y artificial; habíamos conocido, merced a los románticos, un catolicismo lacrimoso que, a veces, sin cesar de ser creyente, blasfemaba. Pero jamás se escuchara en América esa titilación de órgano y flauta, ese gozo desesperado, ese canto de regocijo y pánico y de vida olvidadiza que bruscamente se deshace en sollozos.

El canto se quebraba como un chorro de agua, elevándose luego al cielo claro. En los *Cantos* nos sorprende ese equilibrio de nihilismo y de esperanza obstinada. En la última modalidad de Rubén Darío, el misticismo un tanto vago y pagano parece arrobarlo. « Como tengo el mal gusto de creer en Dios », confiesa un día. Sólo que se apresura a agregar : « Un dios que no está en San Sulpicio, ni en la Magdalena. » Se hablaba probablemente, en el bosque de las musas.

En el *Poema del otoño*, que publicó después del *Canto errante* (dos compilaciones de menor importancia que sus dos libros primigenios, pero extremadamente interesantes para la historia intelectual del poeta), se confunde un instante con su singular paganismo, la filosofía de Omar Khayam :

*Gozad del sol, de la pagana  
Luz de sus fuegos.  
Gozad del sol, porque mañana  
Estaréis ciegos.*

.....  
*Pues aunque hay pena y nos agravia  
El sino adverso,  
En nosotros corre la savia  
Del universo.*

*Nuestro cráneo guarda el vibrar  
De tierra y sol  
Como el ruido del mar,  
El caracol.*

.....  
*En nosotros la vida vierte  
Fuerza y calor.  
Vamos al reino de la Muerte  
Por el camino del Amor !*

Finalmente, el *Canto a la Argentina*, país donde Rubén Darío vivió los mejores y más líricos años de su juventud, es una explosión de entusiasmo como los *laudi* de D'Annunzio y los tumultuosos poemas de Verhaeren. Señala, ante todo, el advenimiento de un poeta épico.

En sus primeros años — pecado de juventud — Rubén había admirado al frenético y volcánico mexicano Díaz Mirón. Su horror por todo exceso le condujo muy pronto a no cantar más que para « los habitantes de su reino interior », lejos del coro plebeyo. Pero la torre de marfil se hunde, y el poeta comienza a quemar lo que adoraba,

no tan sólo obligado por la necesidad del eterno « renovarse o morir », sino asimismo en razón del horror que le inspiraban sus innumerables imitadores de América. Para él, como para todos los grandes innovadores, es un tormento hallar evangelistas. Nuestro maestro se lamentaba tan solo de no haber encontrado su Judas. Y, sin embargo, lo eran, en cierto modo, estos falsos monederos de su genio. Un día, — recuerdo, — tras de leerme (¡menester es evocar el arte matizado y el misterioso temblor de su voz!), su *Canto a la Argentina*, — me dijo, de pronto, cómo aterrado : « ¿Qué haré si también esto me imitan? »

*Esto*, quería significar su nueva poesía, el vasto aliento de las multitudes, la visión de una América potente que haga surgir del crisol donde todas las razas se funden, la estatua de una arcana belleza. « Yo no soy poeta de multitudes ; pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas », — escribía el año de 1905. Y al canto de nobles melancolías siguió definitivamente un delirio profético, la oración por todos, la bendición sobre las pampas y las selvas. Diríase que de Walt Whitman, de un Walt Whitman nada bárbaro por cierto, había escuchado la zampoña... Desde entonces, nadie pudo ya dudar de que Rubén Darío era el poeta de América.

\*\*\*

¿Qué decir, en un ensayo tan breve como éste, acerca de los numerosos libros en prosa

que publicó Darío ? En los cuentos de *Azul* su prosa es una mezcla insuperable de gracia frívola y de lirismo absoluto, — lenguaje de poeta que extravía versos en sus relatos. *Los Raros*, más bien que estudios críticos, son oraciones líricas, como su homenaje a Verlaine. Más tumultuosa y difusa es, a veces, la prosa de sus libros ulteriores. Se ve que ha prestado oídos a la elocuencia cordial y torrencial del admirable cubano José Martí ; y, algunas veces, como en su estudio sobre Castelar, evoca a este maestro. El periodismo fué en un principio su medio de subsistencia y, en sus cartas de París o de Madrid, veíase obligado a refrenar su lírica facundia. Sus obras de crónicas y estudios *España contemporánea*, *Peregrinaciones*, *Tierras solares*, *La caravana pasa*, *Parisiense*, *Opiniones*, *Todo al vuelo*, proporcionarán a las antologías algunas páginas vertiginosas. (Sírvanos de ejemplo su evocación de Oscar Wilde y el relato de un corto viaje por Italia.) Siéntese a veces, en ellas, la fatiga que causa la profesión adoptada por el poeta muy a pesar suyo. « Podría seguir violineando en prosa », — dice en sus *Recuerdos de Italia* después de un magnífico introito. Podría hacerlo, pero no le queda tiempo. Es preciso enviar la crónica de la semana. La actualidad, la trivial actualidad, fué el tormento de nuestro poeta, nacido para cantar las cosas eternas. Ha sido el más desconcertante de los periodistas.

\*\*

Envejecido, moroso, se encaminaba a su eternidad, casi durmiendo. Tuvo, es cierto, despertares terribles, como su *Canto a la Argentina*, escrito en quince días de lucidez; mas ya costábale enorme esfuerzo vencer su cotidiana modorra para la fiesta de concebir. Muere, tal vez, cuando iba a enmudecer.

Pero su obra subsistirá, su obra que no es únicamente el extremado lirismo de nuestra raza, poesía de cumbres, sino además canción de aurora. En el horizonte americano cien voces responden ya a la voz amiga. Desde México hasta la Argentina, en todos los países de nuestro Continente, las más diversas armonías se funden, como en la solemnidad del coro antiguo, para expresar un regocijo y una tristeza nuevos. Nervo, Urbina, Casal, Argüello, Silva, Valencia, Chocano, Jaimes Freyre, Herrera y Reissig, Lugones, Estrada, y muchos otros, sin imitar a Rubén Darío, pero aceptando su influencia, dijeron como él, el áspera conquista de su alegría y las emboscadas del Destino y el arrojito perpetuo que es la vida... El Rey ha muerto, viva el Rey! Va por delante con la cítara y cuando pasa, rompe a cantar toda la florista.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

### CARTAS A MIGUEL DE UNAMUNO

Mi distinguido amigo :

Su carta de Ud. y luego su artículo, me han encontrado en la cama y enfermo de modo que se creyó en un mal resultado; cosa felizmente absurda, pues estoy ya en pie y tan campante.

Creo que nuestros pensares se juntan a pesar de la diferencia de vías y de métodos. En el asunto del pensamiento, y de la literatura hispanoamericana, creo ya desde luego que *no hay allá nada*, o más bien, que hay muy poco, pero lo poquísimo que hay merece respeto. Lo que *hay* es desconocido aquí. Aquí se conoce la balumba ridícula y fofa; pero existe un escaso núcleo valioso.

En cuanto a mí, le agradezco sus amables juicios, pero creo ser un desconocido suyo igualmente. Le confesaré desde luego que no me creo escritor *americano*. Esto lo he demostrado en cierto artículo que me vi forzado a escribir cuando Groussac me honró con una crítica. Mejor que yo ha desarrollado el asunto el Sr. Rodó, profesor de la Universidad de Montevideo. Le envío su trabajo. Mucho menos soy castellano. Yo, ¿le confesaré con rubor? — no pienso en castellano. ¡Mas bien pienso en francés! O mejor, pienso *ideográficamente*; de ahí que mi obra no sea castiza. Hablo de mis libros últimos. Pues los primeros

hasta *Azul*, proceden de innegable cepa española, al menos en su forma.

Ya hablaremos largo, si me resuelvo a visitarle en esa ciudad secular que me atrae como una abuela centenaria que tuviese muchos cuentos que contarme.

Suyo afmo. s. y amigo,

R. DARÍO.

Madrid, Abril 21 1899.

P. S. — Su hermoso presente va ya en viaje a Buenos Aires.

Madrid, 16 de Mayo de 1899.

Sr. D. M. de Unamuno.

Mi distinguido señor :

Acabo de ver en *El Sol del Domingo*, de Buenos Aires, una carta de Ud. dirigida al Sr. Camino Muñoz, en la cual habla Ud. de « quejas de Rubén Darío, porque París no hace caso a los literatos hispanoamericanos, confundiéndoles con los *rastaquouères* ». Como yo jamás he dicho semejante cosa, creo debe haber en tal cita un error de memoria. Supongo se trata de un artículo mío publicado por *El País* a que he aludido en *Vida Nueva*, cuando su juicio sobre *La Maldonada*. Ruego a Ud, vuelva a leer dicho artículo. Yo no me quejo, sino que celebro el desdén de París con nuestros mediocres y amojamados de América, hijos legítimos de una España que no es la que vale, la grande intelectualmente.

Personalmente, no tengo sino gratitud a París, representada para mí en este caso, por Richepin, Gourmont, Heredia.

La frase de la carta de Ud. interpretada por ciertos criterios americanos, puede ser dañosa, y por esto me apresuro a dirigirle estas líneas.

Soy de Ud. att. s. s. y amigo,

RUBÉN DARÍO.

Madrid, 21 Mayo 1899.

Sr. D. M. de Unamuno.

Mi muy distinguido señor y amigo :

He recibido su carta del 19 y me he alegrado de leer sus conceptos. Debo decirle, eso sí, que antes de la frase : « Tal es la queja », debía haber comillas. La queja es de Pedro Emilio Coll, redactor del *Mercure de France*, y a ella contestaba yo con el resto de mi artículo.

Por otra parte, no sabe Ud. lo que yo he combatido el parisianismo de impertación que he tenido la mala suerte de causar en buena parte de la juventud de América ; y en el prólogo de mis *Prosas profanas* he dicho bien claro que no puede tomarse como modelo y guía lo que en mí es producto de mi individualidad y de mi educación literaria. Conozco varias lenguas europeas, he procurado iniciarme en todas las literaturas ; pero la de Francia me atrae con viva fuerza y encanto. Me parece muy ex-  
3

plicable que América, como todo el universo pensante, tienda hoy a la luz que viene de París. Antes fué el foco Atenas; y no tengo ningún inconveniente en creer que pueda llegar a serlo New-York, o Buenos Aires. Ello es obra de los siglos...

La innegable indigencia mental de nuestra madre patria nos ha hecho apartar los ojos de ella; no es culpa nuestra. Cuando hay algo que surge nuevo y vigoroso, lo ponemos sobre nuestra cabeza, sin vacilar. ¡Vea como están apareciendo para América Ud y Rusiñol, por ejemplo! La cultura, mucha o poca, nuestra es y ha de ser cosmopolita. Las tonterías de Carrillo — pues las tiene y grandes — no harán sino que se distingua entre lo que París tiene de sólido y verdaderamente luminoso, y el *article de Paris* que fascina a nuestros *snobs* y bobos de la moda.

RUBÉN DARÍO.

Madrid, 14 de Septiembre de 1899.

Muy distinguido amigo :

¿Ha recibido Ud. un número de *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, últimamente? Por si acaso no fuese así, le envió el que yo tengo. Se trata de un artículo suyo, reproducido con muy justas palabras de Pedro Emilio Coll.

Coll es de lo mas sólido y brillante que tiene la joven literatura americana, a la cual ha de perdonar Ud. más de un pecado

en gracia de muchas buenas calidades. Coll redacta desde hace tiempo la parte de literatura hispanoamericana del *Mercur de France*.

En mi carta anterior a *La Nación* y en la que debe salir el sábado, trato de la campaña universitaria que Ud. con tanto vigor ha emprendido. Me parece de un altísimo interés y hago notar que allá puede sacarse provecho de las ideas de Ud. Allá también se ha tratado mucho de la cuestión de la enseñanza, y su palabra autorizada ha de tener un eco seguro.

Soy su afmo. s. s. y amigo,

RUBÉN DARÍO.

P. D. — Con el amigo C. conversamos siempre de Ud. y le recordamos mucho.

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Salamanca.

Mi distinguido amigo :

Con mis mejores votos por que se encuentre bien en su retiro estudioso y de sólidas meditaciones, tengo el gusto de enviarle el único ejemplar que de *La Nación*, en que se publica su carta, he recibido.

Todavía no puedo pensar en un viaje a Salamanca. Pero la idea de hacerle una visita y *estudiarle* de cerca, no me abandona. Me complace que en América se le haga justicia y le quieran como su afmo. s. s. y amigo.

RUBÉN DARÍO.

Madrid, Febrero, 7, 1900.

Querido amigo :

El Sr. Ladevese me ha dado recuerdos de Ud. que le agradezco.

He leído su admirable artículo de *La Nación*, que creo una de las más bellas páginas suyas. Allá debe haber gustado muchísimo.

Yo continúo aquí, en una soledad mental desesperante. Le aseguro que cada día me siento más extranjero en este medio en donde, por otra parte, no puedo quejarme de falta de personales simpatías. Mas, francamente, no es poco lo que en mí influye esta atmósfera de decaimiento y de achataamiento. ¡ Necesito cambiar de aires !

¿ Ha visto Ud. lo que se dice sobre arreglos de propiedad literaria con la Argentina? Me alegro por ustedes. Los americanos no tenemos aún mercado ni lectores en España. Desearía que me diese su opinión a este respecto.

¿ Qué le pareció el N° de *La Nación* de 1° de Enero ?

Deseos tengo de dar una conferencia aquí sobre la prensa argentina. No se tiene idea de lo que se progresa allá en esa vía. Pero se me quitan en seguida las ganas. *A quoi bon?* dicen los franceses.

Páselo Ud. bien y créame su afectísimo amigo.

RUBÉN DARÍO.

Marqués de Santa Ana, 29.

9, rue d'Odessa,  
París, 9 de Enero de 1907.

Mi distinguido amigo :

Hace tiempo que no tengo el gusto de comunicarme con usted, y que no leo nada suyo, pues en este París es muy difícil conseguir publicaciones españolas. Ahora me complazco en enviarle mi afectuoso saludo de año nuevo, deseándole toda suerte de felicidades.

Lo último suyo que he visto es el prólogo del libro de Ugarte. Y a propósito, supongo responderá usted a los floretazos que le dirige el conde François de Nion en *La Prensa* de Buenos Aires. Tiene para ello su buena y probada espada española.

Mucho le agradeceré me escriba sobre este asunto en que es probable que yo tome también parte.

Veo que sus compatriotas de Buenos Aires no le perdonan sus conceptos contra el vascuence. Quizá no le han comprendido muy bien el hermoso discurso de los Juegos Florales.

No pierdo la esperanza de volver a dar una vuelta por España y hacerle una visita en Salamanca.

Siga usted bien y créame su affmo. s. s. y amigo.

RUBÉN DARÍO.

Quando pueda enviarme lo que publique se lo estimaré mucho. No me dijo si le

llegaron mis *Prosas profanas*, hace ya como seis u ocho meses.

Vale.

RUBÉN DARÍO.

París, 1.º Septiembre 1904.

REPÚBLICA DE NICARAGUA

CONSULADO EN PARÍS

*Passage des Princes.*

(Escalier C)

Mi distinguido amigo :

Después de largo silencio, tengo gran placer en enviarle una doble felicitación : 1.º, por su reciente discurso que ha causado — naturalmente ! — escándalo en cierta gente ; 2.º, por un juicio que he leído en una revista americana — tomado de otra española — sobre un feo y tonto libro chileno del Sr. Vicuña.

Además, acabo de leer lo que escribe Gómez Carrillo sobre Ud. en el *Mercure* y esto me hace admirarle aun mayormente.

No pierdo la esperanza de ir a Salamanca. Su siempre amigo,

RUBÉN DARÍO.

3, rue Corneille.

París, 5 Septiembre 1907.

Mi querido amigo :

Ante todo, para una alusión. Es con una pluma que me quito debajo del sombrero

con la que le escribo. Y lo primero que hago es quejarme de no haber recibido su último libro. Podrá haber diferencias mentales entre Ud. y yo, pero jamás se dirá que no reconozco en usted — sobre todo, después de haberle leído en estos últimos tiempos — a una de las fuerzas mentales que existen hoy no en España, sino en el mundo.

Mas yo quisiera también de su parte alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura. Yo nunca diría que Ud. había sido *tomado en serio* en ningún momento de su carrera humana, porque los que nacen para dirigentes en las naciones son siempre, por su desgracia, víctimas de lo que hay de más serio : la influencia de la vida ambiente. Y luego, yo soy uno de los pocos que han visto en Ud. al poeta. Que le ofrezcan a Ud. del sabio y del profesor, no me extraña. Su función universitaria le hace acreedor a ello, y nunca es de desdeñar una mayor cantidad de ciencia. ¿Mas quién ha de ver en un hombre tal el don de poesía sino los poetas? Y en cuanto a lo que a mí respecta, una consagración de vida como la mía merece alguna estimación.

La independencian y la severidad de su modo de ser le anuncian para la justicia. Sobrio y aislado en su felicidad familiar, debe comprender a los que no tienen tales ventajas.

Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y defi-



nitivos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea, pues, justo y bueno.

Ex toto corde.

RUBÉN DARÍO.

3, rue Corneille.

París, 9 octubre 1907.

Mi querido amigo :

Mucho me satisfizo su gentil carta del 26 del pasado. Creo que con quince días pasados con Ud. estaríamos completamente de acuerdo en todo. Esto no lo puedo realizar por ahora. Estoy al partir, de un momento a otro, para Nicaragua. Creo que el viaje, un viaje de tres meses, me hará mucho bien. Y me quitará un poco el asco del París « gente », y otro parises que hay en este París encantador. El terruño, repito, me hará bien.

No le escribo ahora más largamente, porque estoy en mil preparativos de viaje, y con otras inquietudes íntimas que no me dejan punto de reposo.

Hasta la vista, pues, mi querido amigo, y gracias por su libro de poesías, del cual he de decir en breve lo que todavía no he visto que nadie haya dicho. Le advertiré que los salmos han sido para mí de un gran alivio moral.

Muy suyo.

RUBÉN DARÍO.

## LEGACIÓN DE NICARAGUA

(Particular.)

Serrano, 27.

Madrid, 5 de Abril 1909.

Querido amigo: Bellos y tristes sus versos. El pobre poeta de Costa Rica murió hará como unos veinte días, en un hospital de Barcelona. El cónsul de aquel país me lo comunicó, diciéndome al mismo tiempo que él hará aparecer el libro que dejó en prensa el desventurado Echeverría. (A Ud. debe serle simpático este apellido, porque, si no me equivoco, es vasco.)

Hace algunos días envié a *La Nación* un trabajo, *Unamuno poeta*, que le leí al amigo Manuel Machado y a quien le gustó mucho.

Es casi seguro que dentro de poco le haga la prometida visita. Yo también deseo vivamente que hablemos.

Aquí hago una vida de aislamiento, que me sienta muy bien. Ya nos veremos.

Quedo fraternalmente suyo.

RUBÉN DARÍO.

## CARTAS A JULIO PIQUET

(Tiene el papel un sello impreso : J. S. Zelaya.)

Barcelona, 5 de Enero de 1913.

(Impreso) Ntra. Sra. del Coll, 21 (Valcarca)

Mi querido amigo :

Aunque sean dos palabras.

Tuve una complicación nefrítico-nerviosa muy especial que alarmó a los médicos.

Me trajeron a casa del General Zelaya en donde estoy ya bien. Quedaré aún algunos días hasta que los fríos pasen.

¡Ah! si pudiera vivir en esta admirable Barcelona!

Lo único que me inquieta allí, ahora, es Francisca con principio de año.

Claro que después de lo que Ud. me dice del joven Guido, habrá que retirar el *congé* de la casita, para ir yo a vivir allí con ella, luchando por los *sous* como Ud. bien dice.

Me inquieta asimismo el no poder vender aquí ningún libro ahora, puesto que las obras se le dieron a otro bandido...

En Valdemosa se quedaron copiando los otros dos capítulos de la novela. Espero lleguen pronto, aunque estos vaporcitos se detienen por cualquier mal viento.

Me he tenido que quedar en cama más tiempo que el preciso. Hoy salí ya, viendo claro y amigable el mundo. Gache ha estado conmigo varias veces, y largas charlas se

le han dedicado. Estaba inquieto porque no había Ud. recibido aún unos fabulosos chorizos, ni él había recibido otro fabuloso *marron glacé*.

Claro que a estas horas le supongo, si con frío, ya repuesto. Si no, no le escribiría tanto. Y empecé, quejándome, o anunciando *dos palabras!*

Algún día le contaré de palabra los curiosos y dolorosos sufrimientos nervio-mentales. Ya sé lo que son los manicomios.

Nada más por ahora, rogando diga a *Mundial* ne envíen aquí mi correspondencia y los periódicos. Y si no, cómpreme Ud. un *Mundial* y un *Elegancias*. Ya los pagarán...

Le abraza su amigo,

RUBÉN DARÍO.

Casa del General Zelaya,

Calle Nuestra Señora del Coll.

Barcelona, 8 de Enero 1913.

Mi querido amigo :

En salud plena y optimística, como deseo Ud. se encuentre, le dirijo estas líneas. Claro que la fatiga sigue y que no habrá para mí curación posible sin un largo reposo. Ya sabe Ud. que para « reposar », me puse, en Mallorca, a escribir una novela... ¡Y, claro!

A otros carneros. La cosa Guido es vergonzosa y, a costa de todo, creo que habrá que ir a definirla personalmente. El mayor de los hermanos es más razonable — es un

hombre, al fin, — pero como adora en el menor, aprobará de seguro lo que éste hace.

Yo podría ir y volverme en seguida, sea a Barcelona, sea a Mallorca, pues la exposición de los cuadros de Pilar Sureda, no es tan pronto. O, en fin, seguir allí en París mi novela, — y mi Novela.

De *Mundial* me pidió el joven Linares una « cabeza », la de *Benavente*. Yo soy el único que debe señalar, puesto que soy el que las hago, cuales cabezas deben ir. Para el encargo de los dibujos doy una lista con anticipación. Pues bien, recibí tarde esa misma carta. Pregunté por telégrafo si había tiempo. No recibí respuesta.

No me mandan ni correspondencia. No me comunican nada. Vale más cortar por lo sano. Ir allí con un *huissier*, tomar nota de ciertas cosas; que me devuelvan mis libros; que rescindan el contrato y me paguen la indemnización — que es una porquería — ya yo veré como me arreglo después.

Me han engañado... cómo a otros. Bien podía, en un momento de irreflexión, irme a la cárcel con gusto. Pero... Probaré todavía si llegando y hablando se definen de una vez posiciones, aunque sean falsas. Esto puede ser ya, o cuando los fríos pasen.

Aquí, en casa de Zelaya, estoy a cuerpo de rey. Aunque buenas ganas tengo de ver a mi Güicho.

Sus *Tiros* me están sirviendo de mucho, hasta para el *Oro de Mallorca*.

RUBÉN DARÍO.

Gache me ha querido dar fiestas. Quiero evitar la *ocasión lisa*.

9 Setiembre 1913.

Mi querido amigo :

Me ha empezado una enfermedad que no sé cómo pueda concluir. Todavía no ha llegado médico porque los míos están veraneando.

Demás decirle que aislado *como estoy entre esta gente*, su presencia aunque fuese un momento, me haría mucho bien.

RUBÉN DARÍO.

Valldemosa, 19 Octubre 1913.

Mi querido amigo :

Confírmole mi anterior y le agregó que mi mejoría se acentúa. Su carta me dió mucho placer y me hizo mucho bien, sobre todo habiendo recibido una, fecha 15, de Huertas, que me trajo malas impresiones.

Valía más que le diga que no me escriba si me ha de mandar malas noticias, pues yo vengo, o he venido, a estar tranquilo para reponerme y, si es posible, curarme.

Así, le repito, su carta de Ud. me hizo mucho bien. Sobre todo, si como espero, el niño se ha mejorado, me estaré más en paz.

Si Ud. juzga que conviene que Francisca se quede en París por algún tiempo, que

lo haga. Y vaya el niño al colegio vecino.

Le incluyo la carta de Huertas para que me diga Ud. qué quiere decir todo eso. El « Pernod » suele exagerar, o hacer ver mal las cosas. Huertas no me manda sus señas, y por lo que veo sigue yendo a casa en mi ausencia. Asimismo, veo que María no ha partido aún.

A Guido envié una carta corta y bien quejosa, aunque sin exaltación. En Ud. confío lo referente a Israel.

He comenzado una novela, o especie de novela, para *La Nación*, que envió a modo de mis correspondencias, esto es, cuatro partes por mes. Pasa aquí. Quizá conveniría que Ud. escribiese diciendo que si quieren no la publiquen hasta que no hayan recibido el final. Yo iré enviando el material, y concluiré en mes y medio, o dos meses. ¿Cómo se haría entonces para lo de cuatro partes por mes? Tendrá que ser una extra, y que sería de justicia pagarme a otro precio que mis cartas comunes. Como no necesito por ahora dinero, que me guarden allí Leboq o Ud. el producto, para girarme cuando lo necesite, o dárme lo a mi llegada. Pero yo entregaré toda la obra, como le digo, en mes y medio, o dos meses. Pronto le remitiré a Ud. la primera parte. En fin, sea lo que sea, Dios sobre todo. Hago una vida singular de paz y ejercicio. Como y duermo bien. No pruebo alcohol ninguno ni lo necesito. El niño creo que ha mejorado y los intestinos juzgo que se compondrán.

Esto es un edén. ¡Si Ud. pudiese venir! ¡Cómo se pondrían sus chicas! y ustedes! Si no a Valldemosa, a Palma.

A Francisca le escribiré después. ¡Si pudiera cambiarse el espíritu y el carácter de la pobre! Yo viviría después cerca de ella, aún no fuera juntos. Se cuidaría y educaría al chico. Uno tiene necesidad de querer algo.

¡Habló con Lesca! Le dije que lo visitara. En cuanto a los Guidos, creo que a mi vuelta habrá que apurar hasta llegar a algo definitivo.

Felicidad en su casa, y un abrazo de su amigo.

RUBÉN DARÍO.

Valldemosa, 13/XI/13.

Señor Dr. Julio Piquet,

Paris.

Mi querido Julio :

Como todo lo fatal y como Ud. lo había dicho, llegó la architemible crisis. No es esto decir que haya habido complicaciones de ninguna clase ni deterioraciones que Ud. sabe que vienen en estos casos. Fue bien armoniosa, rural, y hasta estos momentos con excelente mecánica medicinal.

Demás decirle que todos los influjos medicales de Ud. han sido aplicados.

Le advierto que todo esto ha sido producido por un arroz de Anglada, el célebre pintor de París, y por otro comido con

maravillosas muchachas de Palma, que posiblemente a Ud. le hubieran puesto, si no en idéntico caso, en irresistible tentación.

Le advierto que voy mejorando mucho.

El hospedaje, real. No en balde es el palacio del rey Don Sancho.

El marido es el antiguo Señor y ella es también la antigua Señora complicada con todas las cosas del arte moderno.

Es una pintora excelente y mucho se hablará de ella después.

Dios quiera que Ud., que sabe tratar estas cosas tan hermosamente, venga a estos lugares y pueda dar juicio de ello.

Sigo, desgraciadamente, lentamente, el calafateo de mi cuerpo y de mi espíritu, pero lo creo por fin muy difícil y sobre todo la crisis, fatal. Por consecuencia, no se podrá jamás sino domar, cuando se presenta la fiera, es decir, periódicamente.

¡Y qué se va a hacer! La vida es única e inmodificable y las modificaciones son el rehacer de la vida.

Como nunca frases usuales, aun las más justamente literarias, podrían agradecer a Ud. lo que ha hecho por mí en estos días y habría que emplear las que sabría comprender un padre, me quedo en simple *periodista* como Homero, Séneca, Montaigne, y otros a que Ud. se afilia para quererle mucho y darle un buen abrazo de hermano.

En todo el curso de mi vida, conste que nunca he escrito una carta más larga.

Conste para la documentación en donde yo nací (Metapa, Nicaragua, Centro Amé-

rica, U. S. A) porque desde estos momentos en que leo un periódico, el pequeño estado de Nicaragua queda sujeto a los Estados Unidos.

RUBÉN DARÍO.

Valldemosa, 24 de Noviembre 1913.

Muy querido amigo :

Quando esta carta llegue, el año estará a sus fines. Que toda suerte de dichas sean con Ud. y los suyos en el próximo.

Yo estoy bien, a Dios gracias, para comenzar los próximos doce meses. Dentro de dos o tres días, concluiré el cuarto de los capítulos correspondientes a Diciembre, de mi novela, y se los remitiré con los recibos. Le envío hoy el de *Mundial*.

Francisca me escribió — dándome un rato molesto — su aventura del ladrón. Cien veces le dije que jamás llevase dinero en el *réticule*.

Ahora, a otra cosa. Los buenos amigos Sureda tendrán que dejar Valldemosa próximamente y se irán a Palma, a su casa, en donde prepararán una exposición de pinturas, de Pilar, la Señora, por cierto nieta de mi montevideano histórico, el General Felipe Maturana, cuya esposa era muy amiga del General Mitre, que la visitó cuando estuvo en Madrid. Por consiguiente puede Ud. haberla conocido.

Pues bien, al partir ellos, debo yo irme. No puedo aún llegar a París. Esto será, la

salida de Valldemosa, a principios de Enero, o a mediados.

No puedo resolver lo que hago sin consultarle. ¿Me quedo en Barcelona hasta fin de Marzo? Claro que, de acuerdo con los Guidos. Allí podré conseguir colaboración literaria y artística y acabar mi obra para *La Nación*. ¿Qué le parece? Desde luego que ya tendré que vivir de mi cuenta. Contésteme a este respecto y haré lo que me indique. Repítome mis deseos de felicidad y quedo su muy

RUBÉN DARÍO.

Valldemosa, 29 Noviembre 1913.

Muy querido amigo :

Como siempre, su última carta tónica me sostiene y anima. Adelante, pues, con la vida.

Aunque mi salud va mejorando, siento a veces grandes desalientos y tristezas.

Yo contaba, para poder rehacer mi vida, con la hacedera separación. No obstante, siento ya lo triste de mi soledad, después de catorce años de vivir acompañado. Hasta con los animales se habitúa uno. Y luego, cuando hay afecto y lástima...

Después, ¿cómo voy a hacer? Si lo de *La Nación* se hubiera conseguido, si lo de *Mundial* fuese normal; si lo de la República Argentina se hubiera cumplido... Pero nada de esto último hasta ahora, y lo otro flojante. No tendré, pues, para sostener a Fran-

cisca y niño y yo aparte. Verdad es que de aquí a dos o tres meses las cosas pueden haber cambiado.

El estado moral, o cerebral, mío, es tal, que me veo en una soledad abrumadora sobre el mundo. Todo el mundo tiene una patria, una familia, un pariente, algo que le toque de cerca y que le consuele. Yo, nada. Tenía esa pobre mujer — y mi vida, por culpa mía, de ella, de la suerte, era un infierno. Y ahora, la soledad. Apenas el trabajo logra por momentos quitarme la dura preocupación.

¡Mi misma fe es tan a tientas!  
Sea lo que Dios tengo dispuesto.

Le abraza su muy afecto

R. DARÍO.

He enviado a Guido dos artículos míos. Que le pague por lo menos uno 150 frs.

Valldemosa, 11 Diciembre 1913.

Muy querido amigo :

A veces, en invierno, y antes de que éste oficialmente llegue, la comunicación con Barcelona se interrumpe uno, dos y aún más días, y la correspondencia llega y va retrasada. Hoy me refiero a su carta del 4. Debe Ud. haber recibido una mía que coincide en conceptos con esta suya. Hoy me encuentro con el espíritu y la carne tranquilos, alegres, y al parecer sanos. Soy opti-

mista. El ejercicio, el apetito bueno, y el uso *exclusivo* del agua llovida, de cisterna, que aquí se acostumbra, me han tornado a rehacer.

Esto continuará así, si Dios y los acontecimientos lo permiten. Dios sobre todo. Mi obra adelanta, aunque despacio. No le envío nada hasta que no haya concluido cuatro capítulos más.

Hágame favor de entregar a Francisca, para que se compre un abrigo y algunas cositas, como aguinaldo, 150 francos. Como le dije, envíe dos artículos a Guido.

Ahora me piden « Cabezas » que faltan. Si viese a Lesca, dígamele que irán tres : Larreta, Piquet, Baroja.

Yo mandaré los recibos al mismo Lesca que es quien me ha escrito. Sé que hubo una trifulca con el premio de Novela. ¡Que bien se está aquí, con este lindo sol y esta paz campesina !

Escribo a Gerchunoff. ¡ Sé que comí con ustedes, *en efigie*, hélas ! Y cuando lo pueda hacer en persona, el gran Gaucho-Judío se habrá vuelto a América. Otra vez hélas !

Mis afectuosos recuerdos a Madame y familia, y un abrazo de su...

R. DARÍO.

Valldemosa, 21 diciembre 1913.

Mi querido amigo :

Leí lo de la coincidencia de Bernard con su inoclástico (*sic*) « tiro al aire ». Lo apro-

vecharé. E iré, en cuanto llegue a París, a *revisar* a la Monna Lisa. Y me meteré de nuevo en esa discutida incógnita.

Sus palabras siempre me llegan a hacer bien. Y yo puedo asegurarle que, aunque Messer Gaster no anda bien en mí, lo principal, que son el ánimo, los nervios, y el método, y el agua pura y clara de estas cisternas, son excelentes.

Yo no tengo *necesidad*, es indudable, de W. & S. — al cual ignoro desde mi salida de París — lo de aquí fué ocasional y no empozoñante — sino que ello ha venido siempre por lo que llama Lugones « encrucijadas », cosas y angustias pequeñas, que mi poco ánimo ve grandes, y las cuales transforma, optimista y momentáneamente el veneno.

Si yo asegurara mi independencia modesta, y mis días no fueran de inseguridad, no me enfermaría probablemente nunca.

Saludo pascual y fraternal de su amigo cierto.

R. DARÍO.

¡Y continúan las molestias! He recibido aquí ese papel. Como Ud. comprende, Guido deberá entenderme. Que me lo haga pagar y me lo descuente. Y si no, como se deba hacer. Yo he enviado dos artículos y una « cabeza ». Sin recibos aún.

Barcelona, 12 Enero 1914.

Mi querido amigo :

Esto es espléndido, me siento muy bien,

vivo una vida de familia, en un palacio, pero... no puedo trabajar.

Así es que, por fuerza, tengo que ir a encerrarme lo que falta de invierno en la rue Michel-Ange, y dar fin a mi novela, de la cual tengo aquí buena parte seguida. Ahora creo que será *una obra*, aunque no sé cómo acabará.

Iré a la casita de Francisca porque, aunque sé que no se ha alquilado el 133, como no me comunico con el joven Guido, ignoro si habré de seguir hasta conclusión del contrato — y creo que aun falta un año! En fin, llegando y hablando se aclararán las cosas y resolveré. Lo bueno es que, por ahora al menos, mi salud se ha repuesto bastante, y estoy en tren de labor.

Para mi viaje, que será del 15 al 16 — de todos modos le avisaré por telégrafo para que sepa cuando dejo este sol español tan hermoso — necesitaré unos ciento cincuenta francos (En billetes, para evitar cobro en bancos).

Un abrazo de su amigo leal que le quiere,

R. DARÍO.

(Sin fecha. El papel impreso lleva la mención: *Hotel restaurant Peninsular, Barcelona.*)

Mi querido amigo :

Lo que me decían fácil se me presenta difícilísimo : encontrar una casita donde meterse, en un barrio de Barcelona. Es fácil

en invierno. Ahora, lo que hay es caro. Y yo debo meterme en alguna parte.

Espero que Ud. siga bien, en lo relativo; yo no he tenido ninguna recaída ; apenas alguna molestia gástrico-renal. Inquieto sí, porque la gente de mi casa se quedó allí, y si no vienen pronto, no sé cómo va a arreglarse esto, dadas mis nuevas condiciones de vida. A pesar de que, en efecto, la vida cuesta la mitad de lo que en París.

El hotel en que estoy es baratísimo, pero con todo, es hotel, y las cuentas crecen sin sentirlo. Tengo pues, que seguir buscando la torre, o casa, y hallarla pronto, y llamar a Francisca.

Así no puedo ni trabajar, y las cosas pueden complicarse.

Lo del periódico aquí no puede iniciarse aún, y veo pocas esperanzas. En todo caso, todavía no se puede pensar en eso.

Mejórese todo lo que pueda, tenga el espíritu gentil; el mío — gracias al nuevo método : Gambrinus Limited — está bastante pasable, y busco cómo salir bien del caso. Una vez instalado, paz y labor.

Mis recuerdos a la familia. Un abrazo de su siempre

R. DARÍO.

Barcelona, 22 de Mayo 1914.

Muy querido :

En estilo telegráfico : « Torre » ideal, cerca del Tibidabo : jardín, y huerto a un



lado : tranvía cerca : baño, luz eléctrica ; timbres, la mar de piezas, todo amueblado, todo listo; piano!... ¡18 duros al mes! Yo no me muevo de aquí. Pagué tres meses. Me exigen para dentro de tres meses, el resto del año. Y ya veré cómo lo arreglo, porque he aquí lo que yo necesitaba : esta soledad sana, con sol y frutos y flores, y pájaros, y... sólo viéndolo se cree.

Francisca debe llegar hoy. Aquí hay ya sol fuerte, pero brisa fresca. Si pudiera verlo por estos incomparables lugares !

Que vaya progresando su mejoría. A mí se me han declarado ya francamente Panchos Villa intestinos y riñones ; pero han mejorado mucho los nervios, esto es, el ánimo.

Mis recuerdos a su casa y quedo siempre su mismo

RUBÉN DARÍO.

Barcelona, 14 de Septiembre 1914.

Mi muy querido :

Entre la balumba de cosas que se despeñan sobre uno, he tenido a Francisca muy mala. Se pudo evitar una operación y ya va bien.

Como no me da Ud. noticias de la salud de Madame, espero en Dios que *pas de nouvelles bonnes nouvelles*.

Y Ud. en el París de un momento apocalíptico. Felizmente, ha sido profeta — pues

yo estaba desolado cuando recibí sus afirmaciones de esperanza — y yo que creía a Nuestra Francia de secha por los bárbaros, la veo ahora resurgir dueña de la decisiva victoria.

Yo no puedo continuar en Europa, pues ya agoté hasta el último céntimo. *Me voy* a América, lleno del horror de la guerra, a decir a muchas gentes que la paz es la única voluntad divina. Comenzaré por los Estados Unidos y el México devastado por fraternales rencores. Voy acompañado de un amigo nicaragüense, que es un hermano, lleno de inteligencia y de nobleza, que me ayudará grandemente en mis intentos. La partida es próxima. Aunque yo escribiré a Jorge Mitre y a Caprile, ruégole que usted también, como Ministro de *La Nación* en Europa, haga con su constante buena voluntad, que se porten como quienes son. Que todo lo que tengan que enviarme, dinero o cartas, vaya a New York, ya sea al agente o corresponsal de *La Nación*, ya al Consulado Argentino. Aunque yo iré a Wáshington, pues me es necesario explicar a Naón, o al A. B. C. mi cruzada.

Escríbame, aunque sean dos líneas de aprobación. Yo sé que a Ud. le gustará mi resolución.

Cuido mi salud. Le quiero mucho como siempre. Le abrazo.

RUBÉN DARÍO.

**Carta de Juan Sureda a Julio Piquet**

Valldemosa, 6 de Enero de 1914.

Señor Dr. Julio Piquet<sup>1</sup>.

Mi distinguido señor :

Vengo de la algarazara que mis pequeñuelos (tengo once hijos) han armado ante los juguetes que los Buenos Reyes Magos depositaron junto a sus zapatos. Me hallo en uno de esos momentos en que el pensamiento de uno vuela a las cosas buenas. Y he pensado en Ud. y he sentido el remordimiento de no haberle escrito a Ud. ya antes.

Porque yo conozco mucho, muchísimo a Ud. El gran y pobre Rubén al llegar aquí me ordenó le abriese y leyese antes de que llegasen a sus manos todas las cartas a él dirigidas. Y yo conocí el buen corazón de Ud. el generoso temple del alma, el pensamiento recto, la gran y hermosa voluntad que Ud. tiene. Y sentí que Ud. y yo éramos amigos, muy amigos, de esos cuyos corazones se compenetran y pueden llegar a formar uno solo.

Tiene Ud. una buena, una *sincera*, una *real* amistad a Rubén. Le escribo hoy a Ud. en la ya desolación que el gran amigo nos ha dejado en su precipitada huida. Al venir él de París, tuve la ilusión de que se serena-

1. Nos ha parecido interesante dar a luz esta carta de tan amena ingenuidad que se diría escrita por un franciscano poeta, porque es un precioso documento acerca de la vida de Rubén Darío en Mallorca. (V. G. C.)

ría su espíritu, cobraría el gusto de la tranquilidad y que pensamientos graves ocuparían totalmente su espíritu; y sus alas de poeta sintiéndose vigorosas, le remontarían a grandes alturas desde donde no puede menos de verse muy pequeño este pobre mundo por el que nos arrastramos. Llegó Rubén muy neurasténico. Sólo en enfermedades graves que pudiera tener pensaba. — Fué serenándose. — Escribió. — Corrimos la isla. En una visita que el 7 de Noviembre hicimos a Pollenza, pueblo de aquí entre montañas, donde a la sazón habitaba el ilustre pintor Anglada, quien hacía tiempo me había invitado a visitarle; en esa visita que hice con Rubén, cayó éste en lo que él llama una de sus crisis. — Habíamos ido a una fonda. Hube de dejarle unos momentos. Cenó con un amigo, el Sr. Banqué. — Bebieron con algún exceso vino. Siguió bebiéndolo y después aguardiente Rubén. El día siguiente estuvimos con Anglada, quien nos llevó por mar en una barca a la playa hermosísima de Tormentos. Diónos un mal día Rubén. La noche siguiente hubimos de pasarla en la fonda y se entregó de nuevo al alcohol. — Como una cuba me lo volví a Valldemosa. Nuestro regreso fué el día... A los 5 de la tarde entrábamos en casa. Después, 11 días mortales. — Es mi casa, Señor, un hogar cristiano. — Es esta isla de costumbres morigeradas. Por la decencia de las costumbres se respeta a las personas. El pueblo que siente ya vahos de anarquismo respeta a sus

superiores en fuerza de hacer éstos respetar su autoridad. Hay por otra parte gran escasez de servicio doméstico. Se disfruta en la isla de la aurea mediocritas de Horacio. — Todo el mundo tiene su terruño en que y con que vivir. Si emigran de aquí gentes a América es en busca de fortuna; y apenas se exige a los criados algo extraordinario, éstos abandonan a quien se lo pide y no se encuentran de repuesto. Gracias a Dios tengo una mujer en el servicio que hace 40 años está en la casa. Nos quiere con delirio. Es hermana de leche de un mi hermano. Se llama Francina. Ésta se constituyó en enfermera de Rubén. Dejó éste de nuevo el alcohol. — Volvía a una buena vida. Escribió prosa y versos. De éstos, unos titulados « La Cartuja », que quizás es lo mejor que ha escrito. De forma impecables. Vino Navidad. — Andaba ya algunos días hacía, nuestro amigo, algo alborotado. — Y el día de Navidad empezó a beber ron de una botella que él mismo compró y escondió en su cuarto. — El 26 de Diciembre me intimó su marcha a Barcelona. — A las 2 de la tarde entrábamos en Palma. — Me huyó. — Marchó al mejor Hotel. Quisiéronle echar de éste. — Recorrió las calles en plena noche. — A la mañana siguiente, rodeaban gentes al borracho y el médico de la casa de Socorro le hacía con prudencia recoger y después de alguna hora transcurrida, le metía en un coche.

Andábale yo buscando y de nuevo me amparaba de él y tomábale billete en el vapor

que a las 6 1/2 de la tarde salía para Barcelona, adonde efectivamente marchaba Rubén, no sin poner yo telegrama al Sr. Bazil, Cónsul de Santo Domingo, que lo recibiese.

Hoy ya sabe Ud. que Rubén se encuentra en Barcelona en casa del general Zelaya, calle de Ntra. Sra. del Coll, n° 21. — ¡Gran dolor, inmensa pena me causa Rubén! Tantos talentos, tan excelsa alma enfangados! He podido convecerme hasta la evidencia que cuando mejor juzga, cuando mejor escribe es cuando se halla lejos del alcohol. — Cuando lleva un mes de no catarlo entonces es cuando su pluma adquiere fuerza y corrección. Huyen diáfanas las palabras, los giros son hermosos y el concepto es profundo. — Cuando se halla alcoholizado la forma se deforma, hay luces pero también tinieblas. — Para su vida sabemos que le es mortal el alcohol. Para su producción artística le estorba. — Yo quiero a nuestro amigo mucho. Empecé a admirarle como poeta. Después le quise. Hoy ya para mi amor no me importan ni su celebridad, ni el esplendor que irradiando de él pueda alumbrarme. Y como yo decía a Ud. en el principio de esta carta, él ha sido el camino que me ha hecho llegar a Ud. Es Ud. un excelente y generoso corazón, una buena alma, y mi corazón y mi alma van a Ud. Me dará Ud., señor, una inmensa alegría el día que me considere Ud. entre sus buenos, reales, sinceros amigos.

Acaricié con fruición la idea de que aceptase Ud. la hospitalidad de mi casa. No he

rehusado (*sic*) a ella. — Aun cuando para Ud. no tenga hoy el aliciente de encontrar a nuestro común amigo, hallará Ud. a mi señora, y a mí, agradecidísimos y honradísimos con tenerle y establecer lazos seguros e irrompibles por la distancia y el olvido de verdadera unión. Puede tener esta isla encantos para Ud. y su familia. Puede Ud. el día de la vuelta quedar contento de haber gozado de su real belleza. Ojalá acepte Ud., y me honre con su visita y la de los suyos. De todos modos aquí tiene Ud. servidores que ansían servirle y darle pruebas de su voluntad y devoción. Por mi señora y por mí,

JUAN SUREDA.

### CARTA A GÓMEZ CARRILLO

...Usted ha sido hasta ahora un bohemio, un bohemio superior, algo como un gitano vestido en el Bulevar, un zíngaro generoso que va desgranando por el mundo, sin contar, casi sin sentirlo, las notas de una canción que nunca termina, que comienza y recomienza, que nos subyuga a todos un instante, que nos hace desear oír otros fragmentos, pero que nos deja siempre la sensación de que le falta el final.

No se me oculta que el culpable no es Ud. sino la vida que ha sido siempre demasiado halagadora, demasiado acariciadora para Ud. ¿No fué Saint Paul Roux el magnífico, quien le dijo un día : « lo único que te hace falta para ser un gran poeta es conocer el dolor »? Yo, entonces creí lo mismo. Pero luego he visto que Ud. ha sufrido, que Ud. ha sentido con una hiperestesia voluptuosa de casi todos los dolores o por lo menos de todos los que son elegantes. Y he llegado a la siguiente fórmula, algo burguesa aunque muy helénica : « Lo que le hace falta a nuestro Enrique, es sosegar, arraigarse, respirar una sola rosa, soñar un solo ensueño, vivir, en suma, a la sombra de una sola alma. Que un Dios le dé todo esto, un día, en cambio de todas sus fiebres, que de sus trapos recamados de oro, le haga un solo manto tibio, que de las cien bocas go-

losas que se disputan sus labios perturbadores, le haga un solo beso. Amén. » Y Dios me ha oído. Lo digo, porque eso que Ud. me anuncia, debe ser lo que yo soñaba para Ud. : el hogar. No sonría Ud., incorregible Enrique. El hogar no es lo que Ud. supone, sino lo que va Ud. a ver. Es todo o es nada, según los dos seres que lo forman. Y el de Ud., si la compañera corresponde a la grandeza del compañero, será un nido que a algunos les parecerá algo loco, pero que concentrará en un solo canto todos los cantos esparcidos antes, que hará un solo idilio de todas las aventuras antes halladas, que hará un gran poeta, en fin, de lo que era un divino cantor de las calles y de las rutas.

Ahora lo único que amarga mi alegría, es preguntarme : ¿ y yo, Señor, qué soy ?... yo ¿ a dónde voy ?... Porque yo no espero para mí lo que siempre he esperado para Ud. Yo estoy condenado a perpetuidad, mientras Ud. sólo teme atravesar un purgatorio. Yo voy solo, Enrique, en tanto que a Ud. lo ha llevado siempre por la mano la mujer. Yo he sido viejo desde la adolescencia. En Ud. habrá siempre un adolescente. *Justus enim fide vivet, sed fide crucifixi.*

Bendición y paz en Cristo, hermano.

R. D.

### CARTAS A ALBERTO GHIRALDO

*Océano Atlántico. — O Paso de la línea.  
Para Alberto Ghirardo*

*En Buenos Aires.*

Mi querido Alberto :

Te escribo en pleno océano. Dentro de seis días esta carta quedará en Las Palmas para que la conduzca a Buenos Aires el primer vapor. Hasta hoy, una navegación tranquila, monótona por lo tanto; y a bordo, fastidio. Pienso en lo que voy a hacer y a ser, en lo que tengo por delante; pienso en lo que he dejado, en mis amigos argentinos; porque estoy creyendo que, en realidad, los tengo, en lo relativo, en cuanto puede existir lo que se llama amistad, o afecto personal y comunión intelectual. A los que tú creas dignos, dales mi recuerdo. Te los señalará tu experiencia y tu cariño por mí. A quienes escuches poner distingos y peros, a mis espaldas, y a quienes pongan en balanza mis cualidades con mis defectos, a esos, no les des nada, ni les digas nada.

Dile a Roberto que a mi llegada a Madrid, en cuanto reciba su libro, aparecerá mi artículo; lo propio al gran Grandmontagne que vuela como un águila y canta como un ratón. ¿ Te acuerdas de sus óperas a la madrugada ?

Como en tu casa han de saber lo fulminante de mi partida, se explicarán que no haya cumplido con una visita como era mi deseo. Saluda en mi nombre a tu familia, noble y buena.

Mis libros casi todos se quedaron. ¡ Mi obrador ! Te ruego me le digas a Luis que no deje de enviármelos, en paquetes o encomiendas ; sobre todo los que no podré conseguir en Madrid.

Como supongo que podré escribir para *El Sol*, si hablaste con D. Emilio o con Caprile, no dejes de mandarme lo que puedas. Llego a España en lo duro del invierno, en Barcelona tendré que comprarme necesariamente ropa, y en Madrid la indispensable para poder hacer mis visitas, en invierno ! Así es que, con los gastitos de a bordo, que son y procuro que sean los precisos, me quedaré muy pobre al llegar a la capital. Lo que puedas se lo entregas a Caprile, o compras unos franquitos y los envías directamente. Lo que puedas. *Por poco que sea*, en un país extraño, y europeo, me será ayuda.

Te envío esa carta para Raymond. Tú eres de manera que él te pagará en seguida. En seguida que te pague, harás lo mismo.

La colección de *El Sol* no vino. Vengo sin un solo libro mío. Algunos pasajeros solicitan ; nada ! ni un *Raros*, ni unas *Prosas* ! No dejes de enviarme mi colección de *El Sol* y, puntualmente, los nuevos números. Ingenieros me tiene unos libros y unas

*Revue Blanche* ; junto con las otras cosas impresas, me las ha de enviar Luis.

Cada vez que se pueda tocar el asunto del envío puntual de *La Nación*, habla con el incomparable y bondadoso Piquet. Él sabe bien lo que es estar en Europa con dinero ; calculará como es cuando la cosa anda apurada y escasa. Y hará su obra eficaz.

Suspendo esta carta para ir a ver una mágica puesta de sol. Y como no tengo que decirte nada más hasta Madrid, la cierro, no sin antes decirte : puesto que Dios te ha dado un carácter y talento, y has tenido la suerte de conocer la vida desde temprano, sigue en tu carrera siempre con la cara al cielo. Te falta un poco de fe ; un poco, para que sea mucha. En el fondo de tu espíritu hay un ángel que sueña, fuera del chanco que llevamos todos.

Te abraza,

RUBÉN DARÍO.

París, Agosto 16 de 1911.

Para Alberto Ghiraldo,  
Buenos Aires.

Mi querido Alberto :

La verdad es que había recibido tu libro, y el excelente libro sobre ti de Más y Pí ; y que pensaba escribirte largo, y escribir. ¡ Qué le vamos a hacer ! En esta asendereada vida se alarga el tiempo, todo se va que-

dando para mañana, y uno a veces pierde los amigos... Tú me escribes y me repites el envío. Pero tú eres *tú*; tú me conoces. Otros se imaginan mil cosas, no me vuelven a escribir; y al « admirado poeta » o « querido maestro » se lo lleva el diablo. Un enemigo más. Una carta no contestada, o un libro, sin las « gracias » correspondientes, me han causado las malquerencias que tengo, fuera de las hartas sabidas ponzoñosas.

Pronto, en un número de los próximos de *Mundial* diré de ti lo mucho que pienso y siento. La dedicatoria íntima claro que la entendí. Sólo que no supe las cosas de tragedia hasta que no me encontré con amigos argentinos informados.

Muy bien tu revista. Allí he conocido espíritus jóvenes que valen de verdad. Ojalá vengas pronto. Avisame con tiempo. Tus versos van a salir ya en *Mundial*. ¡Ay, « magazine » que no es mío! Las cosas de siempre. Si yo hubiera tenido capital para esto, estaría muy rico dentro de poco. Pero en fin, vivamos.

Recuerdos a Malharro. Saluda a Más y Pi; dile que le agradezco sus libros; que no se desaliente y siga. Quizás vaya pronto por un mes a Buenos Aires y nos veamos largamente.

Un abrazo de

RUBÉN.

París, 15 de Junio de 1911.

A Alberto Ghiraldo,  
Buenos Aires.

Mi querido Alberto :

Vi a tu amigo Falcini que tú me recomendaste. Hablé con él de arte. Tiene audacia, pasión, y mucha admiración por Malharro e Iruetia. Me le he ofrecido en todo lo que yo pueda.

Hace tiempo te escribí pidiéndote nueva colaboración para mi « magazine » *Mundial*. Digo mío, porque soy director. El negocio es para los capitalistas. Ya se sabe. Contéstame pronto y envíame versos y prosas.

Muy tuyo,

RUBÉN.

Por fin, ¿cuándo te das una escapada a Europa?

Río de Janeiro, 15 de Janeiro de 1912.

Alberto de siempre :

Voy; y ya me tendrás pronto. Necesito ante todo — pues tú has sido mi único hermano — decirte en qué condiciones voy. Voy, desde luego, explotado. Explotado con mucho dinero, pero explotado. Y aquí llega tu acción y tu actitud. No es para ahora

porque se trata de asuntos que tienen que ser hablados, que yo entre en detalles de esta cosa de *Mundial* y *Elegancias*, en donde, no hay duda, ganaré algo para la vida, pero en la cual mi buen gusto suda y mi dignidad corcovea.

París bien vale una misa; aquí se trata de muchos miles de francos y cedo en cuanto al buen gusto...

Ya hablaremos. Pero, lo principal es hacer comprender, del modo que tú puedes hacerlo, a estos millonarios, lo que yo valgo y yo puedo, — fuera de ellos; y que si esas revistas son hoy un triunfo, es por mí únicamente. Y ahora hasta que nos veamos. Un abrazo de tu

RUBÉN DARÍO.

A Alberto Ghiraldo, en Buenos Aires.

Montevideo, 7 de Julio de 1912.

A Alberto Ghiraldo, en Buenos Aires.

Mi querido Alberto :

La conferencia aquí que te anuncié por cable, sera quizá el jueves o viernes próximo. Haz lo posible por venir. Tenemos la mar de cosas que hablar después de tanto tiempo. A Buenos Aires no llegaré hasta de aquí a unos veinte días, más o menos. Tengo que preparar mi conferencia de Buenos Aires. En Buenos Aires prepararé la de Santiago de Chile.

Ya sé por tus noticias que allí se me recibirá entusiástica y cariñosamente. El número de *Ideas* y *Figuras* que me enviaste ha de serme de gran utilidad.

Avísame cuando te embarques.

Tu siempre

RUBÉN.

Buenos Aires, 1912.

Royal Hôtel.

Mi querido Alberto :

Me he puesto seriamente enfermo — a menos que no sea simplemente nervioso. No lo digas a nadie y vente en seguida porque necesito de tu presencia.

Tu hermano

RUBÉN.

Señor Alberto Ghiraldo,  
Buenos Aires.

París, Sep. 1914.

Querido Alberto :

Tu libro<sup>1</sup>, fuera de la literatura, expresa

1. Se refiere a *Música Prohibida*. (Nota de A. Ghiraldo).



tu alma sonora y valiente. Ardoroso, generoso, terrible, sigues en tu afán noble de demandador de justicia y de minero de la felicidad humana. Sabes que mis palabras son cordiales, pues ha tiempo aprendiste a leer en mi corazón. Sigue en tu hermoso camino, — hermoso de torrentes y de relámpagos, — sigue amando la Belleza, el Amor y la Libertad. Un gran abrazo.

RUBÉN DARÍO.

(Sin fecha.)

Alberto :

Los versos que van son absolutamente inéditos y merecen un marco tuyo. Son de Francisco Ycaza, digno de tu amistad y de tu estimación literaria.

RUBÉN DARÍO.

El 18 de Enero del año 1867 he nacido. Fué en Nicaragua, en la América Central, actualmente dependencia yankee, pues escribo estas líneas el 13 de Diciembre de 1910.

Yo me creía nacido en León, que es donde está mi partida de bautismo. Pero parece que, definitivamente, yo fui nacido en la ciudad de Metapa, antes llamada Chocoyos, en el Departamento de Nueva Segovia.

N. — Entre los papeles que me remitiera

la compañera de Darío, Doña Francisca Sánchez, encontré uno con estas líneas; no está escrito con letra de Rubén. Sin embargo parece dictado por él. Le envió copia también por si encuentra en él algún interés.

(Carta de A. Ghiraldo a Ventura García Calderón.)



## ÍNDICE



	Páginas
Advertencia preliminar . . . . .	5
<i>Rubén Darío</i> , por Ventura García Calderón . . . . .	7
Cartas a Miguel de Unamuno . . . . .	31
Cartas a Julio Piquet . . . . .	42
Carta de Juan Sureda a Julio Piquet.	58
Carta a Gómez Carrillo . . . . .	63
Cartas a Alberto Ghiraldo . . . . .	65



IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN

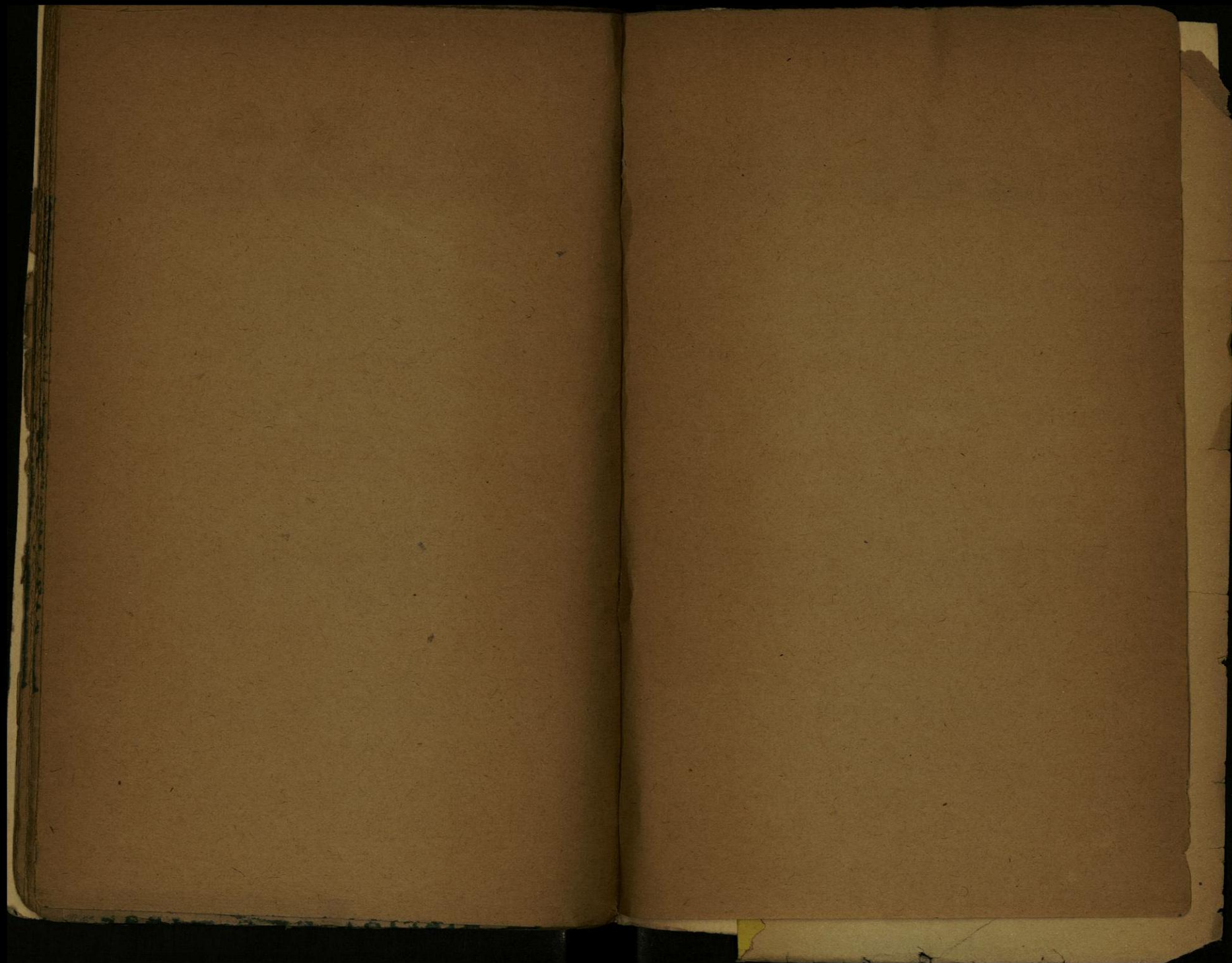
VERTONGEN

ESCRITORIO: 50, calle St-Lazare, PARIS.

USINA: LE PERREUX (Seine)

---

1920



PQ7519

D3

Z57

11916

CAP

AUTOR

DARÍO, Rubén

TÍTULO

Epistolario

BIBLIOTECA CENTRAL  
U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.


PQ7519  
D3  
Z57

11916

CAP

AUTOR

DARIO, Rubén

TITULO

Epistolario

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

*La Biblioteca Latino-Americana no recibe subvenciones de ninguna especie, ni defiende país alguno del continente colombiano en detrimento de los otros.*

---

*Edita obras selectas caídas en el dominio público o autorizadas por sus autores, sin adulterarlas en lo más mínimo. Sólo se permite adoptar en aquellas, para darles uniformidad, la ortografía prescrita por la Academia Española de la Lengua.*

---

*Hace, además, selección de las mejores páginas de los mejores prosistas y poetas ibero-americanos.*

---

**Dirección : Pigalle, 8  
Paris.**

P  
D  
Z

U. S. N. Y. D.